

¿La resurrección de los CHLF?

EVA LEVY

EVA LEVY & PARTNERS. AUTORA DE 'ENTRE DIVERSIDAD Y FRAGMENTACIÓN. APUNTES PARA TIEMPO DE CAMBIOS'

«No son dictadores en el sentido tradicional y esperpéntico del término; poco tienen que ver en sus formas, al menos por ahora, con los Pinochet y Videla de nuestra juventud»

Estoy segura de que muchos de ustedes se habrán preguntado de qué estoy hablando al leer el título de este artículo. ¿Qué es eso de los CHLF? Pues los CHL, queridos lectores, son una institución tan remota que ni los que fueron testigos de su existencia se pueden creer que existió realmente. Yo era muy joven, pero recuerdo que, en los sesenta, los sufridos oyentes de Radio Nacional se veían azotados, con una periodicidad variable, por unos interminables y herméticos comentarios sobre ciertos Congresos Hispano-Luso-Filipinos cuya finalidad quedaba muy poco clara. Que se reuniesen españoles y portugueses parecía absolutamente normal, pero, ¿cómo se podía explicar la presencia de aquellos filipinos tan lejanos, cada vez menos ibéricos y aún menos hispanohablantes?

Cualquiera que fuese la razón invocada para esas reuniones –a menudo se trataba de Congresos relacionados nada menos que con el Derecho–, lo que buscaban los tres regímenes dictatoriales –el de Franco, el de Salazar y el de Marcos– era demostrar que no estaban aislados, a pesar del rechazo que sufrían por parte de los países democráticos. Más allá de esa razón negativa, también se puede imaginar lo confortable y estimulante que podía resultar estar entre gente que compartía la misma veneración por el poder absoluto, ajeno a toda consideración democrática. Si los ingleses fueron los inventores de los clubes, con los CHLF nosotros creamos también un club: el de los que aborrecían el parlamentarismo tal como fue inventado, precisamente por los ingleses.

Se podría imaginar que todo esto ya pasó a la historia, una historia que se preferiría olvidar. Sin embargo, el concepto CHLF sigue vigente, aunque eso sí, mundializado y ultrasofisticado. No se sabe cómo ni por qué –o no es momento ahora de averiguarlo–, han surgido por todas partes, simultáneamente, unos energúmenos que representan ideales políticos y sociales opuestos a los que parecían definitivos hace solo veinte años. Los Erdogan, Orban, Putin, Trump, y por poco la señora Le Pen, no son dictadores en el sentido tradicional y esperpéntico del término; poco tienen que ver en sus formas, al menos por ahora, con los Pinochet y Videla de nuestra juventud. Aceptan verbalmente la democracia, pero la reducen al voto que les dará los plenos poderes, o casi. Les unen el mismo desprecio al humanismo, el mismo odio de todo lo que sea un pensamiento libre, el mismo terror pánico y represivo a una prensa que no sea la expresión servil de sus ideas, la misma obsesión de la frontera percibida como un filtro para eliminar las impurezas: es decir, los seres humanos a los que la miseria o la violencia obligan a emigrar.

Estos mandatarios –o aspirantes a serlo– ya no

se reúnen en congresos de parias, sino que se reciben unos a otros prodigándose signos de empatía, sobre todo en momentos electoralmente oportunos. Que Putin, un hombre que jamás ha ocultado su nostalgia por la difunta Unión Soviética, acogiera calurosamente, antes de las elecciones francesas, a la ultraderechista Marine Le Pen, tratando de darle un empujoncito en sus aspiraciones presidenciales, es un signo más de la confusión total en la cual vivimos. Pretenden imponer a todos su visión de un mundo replegado sobre sus estructuras más arcaicas, sobre un nacionalismo esclerótico, a la vez que entregado a una economía exenta de todo control. Para eso se han inventado la locura esa de la 'post truth', de la posverdad, llevando el relativismo a sus extremos más insensatos, y el cinismo, a la violación más descarada de lo que se consideraba como los principios intangibles de la ética.



:: JOSÉ IBARROLA

ante a sus extremos más insensatos, y el cinismo, a la violación más descarada de lo que se consideraba como los principios intangibles de la ética.

Frente a la Unión Europea, entendida por ellos como paradigma de la decadencia y de la cobardía, representan otra unión más sombría: la de los que jamás creyeron que la razón pueda imponerse a la violencia, o que los problemas, por complejos que sean, puedan resolverse sin recurrir a una forma u otra de fuerza. Los antiguos griegos –siempre tan actuales– ya diagnosticaron en la 'hybris', en el exceso en el amor al poder, la causa principal de todos los males que aquejan a la

humanidad; por lo tanto, nada nuevo bajo el sol. Lo que sí representa una novedad con respecto a otros periodos de la historia es que la fragmentación cada vez mayor de las sociedades en las que vivimos dificulta considerablemente la resistencia a tales personajes, mucho más escurridizos que sus predecesores.

En efecto, la circulación permanente de la información, en flujos tan intensos como confusos, constituye un instrumento potente de manipulación que rebaja la 'agitprop' de los antiguos regímenes comunistas al rango de artefacto arcaico. Los antidemócratas de hoy ya no tienen por qué matar a sus oponentes, por lo menos no tienen por qué matarlos sistemáticamente. Basta con intoxicar a la opinión pública, a la gente, haciéndole creer que todo lo malo es por culpa del extranjero, del otro, y que el multimillonario que da poderes sin precedentes a los más ricos será quien más beneficiará a los más desposeídos. Amén de negar los estragos que le produce al Planeta una economía basada en el único criterio del beneficio inmediato.

Está claro que los CHLF de los viejos tiempos eran un burdo trabajo de aficionados si se comparan con las formas y medios que revisten actualmente las sinergias de quienes han decidido que se acabó, de una vez por todas, la aspiración humana a más justicia, más verdad, más fraternidad.

EDITORIALES

Terror en Londres

El Reino Unido merece tener hoy, y tiene, toda la cooperación y solidaridad europea y mundial que necesita tras el cruel atentado

Un nuevo atentado –con un mínimo de siete ciudadanos asesinados– se añadió el sábado en Londres a los dos que han ensangrentado el suelo británico desde el 22 de marzo en la capital y la matanza de Manchester hace un par de semanas, que habían dejado ya 27 muertos. Todos los ataques son de inequívoco origen islamoterrorista, pero eso no hace necesariamente creíble que hayan sido ideados y ejecutados por militantes del así llamado Ejército Islámico, que combate contra una amplia coalición de gobiernos árabes y occidentales en varios países de Oriente Medio, África y Asia. De hecho, el último de ellos, el de anteayer en Londres, parece obra de tres terroristas autoobsesionados, mal armados y de un fanatismo equivalente en su locura homicida a un sacrificio por una pretendida causa del Islam, en realidad nunca bien teorizada ni convertida explícitamente en una propuesta social capaz de competir con otras en el ruedo electoral. Esto es puro fanatismo, cuyo auge hay que encontrar en registros psicológicos de sus autores, claramente relacionables con el estatus profesional, el desarraigo social y los nuevos e inquietantes hábitos estimulados por el acceso a los medios digitales de información repletos de exhortaciones directamente delictivas y sangrientas en defensa de una pretendida persecución del islam. En casos extremos, los autores se autorreconocen como mártires. El ataque del sábado confirma el grado de locura radical y extremista a que han llegado algunos musulmanes devotos y la tosca realización de los ataques (una furgoneta alquilada y cuchillos de carnicero) parece sugerir la certeza de los autores de que serían muertos por la eficaz Policía británica, en máxima alerta tras los atentados previos y en plena campaña electoral ante los comicios del jueves. Ni que decir tiene que el Gobierno, con el respaldo total de la opinión, ni se ha planteado suspender la elección del nuevo parlamento, bandera y residencia de la vieja y sólida democracia británica, y en el que habrá, por cierto, unos cuantos diputados de confesión musulmana. Sobra decir que este río de sangre solo conseguirá seguir rebajando la estima social de un colectivo bien integrado hasta hace poco tiempo y, lamentablemente, dará alas a los movimientos ya abiertamente antiislámicos contra los que claman alarmados musulmanes británicos de prestigio y autoridad reconocidos, como el alcalde de Londres, Sadiq Khan, de origen paquistaní, quien ayer describió los ataques contra el islam de, «sobre todo, cobardes».

El Gobierno británico dispone y dispondrá de toda la asistencia técnica y política de Washington y de la Unión Europea, que aborda este dossier por completo al margen de la decisión británica de abanderar el club europeo y la primera ministra, Theresa May, probablemente se equivocaría haciendo una explotación electoral del cruel atentado. El asunto solo puede ser abordado desde una visión bipartidaria, al margen de prosaicos intereses de corto plazo como, juiciosamente, hizo la clase política cuando el Reino Unido conoció una terrible ola de atentados terroristas del IRA en el marco del conflicto norirlandés. Grandes países de la UE, como España o Alemania, han sufrido también, y en proporciones mayores, el azote del terrorismo islamista y manejan el crítico expediente con una mezcla de eficiencia policial y solidaridad europea y, desde luego, desde la fortaleza democrática que dirime sus asuntos votando. Londres merece tener hoy –y tiene– toda la cooperación europea y norteamericana que necesita y la solidaridad que genera el genuino dolor que supone la pérdida de vidas de inocentes a manos de desalmados dementes que, no obstante, ni allí ni aquí prevalecerán.

El Norte de Castilla

DIARIO INDEPENDIENTE FUNDADO EN 1854
Nació como El Norte de Castilla en 1856 de la unión de El Correo de Castilla y El Avisador

Director General: Ángel de las Heras Gonzalo. **Director:** Carlos F. Aganzo.

Subdirectores: José Ignacio Foces (Información) y Carmen Diez (Digital).

Secciones: Opinión y Cultura (José María Cillero), Deportes (Eloy de la Pisa), Edición y Fin de Semana (Teresa García Fueyo), Valladolid y Provincia (Mar Domínguez), Castilla y León (Sonia Andrino), Economía (Francisco F. Bernardo), Digital (Liliana M. Colodrón), Maquetación y Diseño (Francisco J. Quintero), Arte (Pedro Resina).

Delegados: Julio González Calzada (Palencia), Jaime Rojas (Segovia).